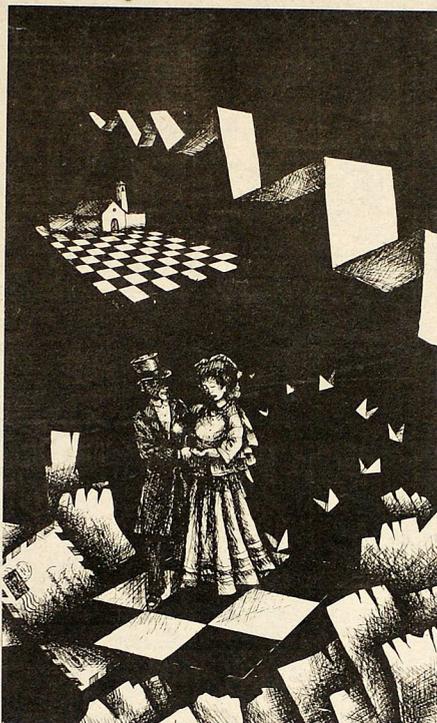


“Cumandá”, de Juan León Mera

Por Rosa Arciniega



La Luz del habitante de la isla

Por Carlos Balaguer

El tiempo quizás tuvo que redimir al hombre mediante las renunciaciones. Hasta reducirlo y dispersarlo en islas humanas ancladas en el recuerdo colectivo, vidrios, navíos, piedras, palabras, sentimientos. Había que renunciar. Y fue así como el asombroso poblador de nuestra isla fue renunciando poco a poco de sus ropajes y envolturas para poder escalar la liberación propia de los fenómenos de la tierra. Esos fenómenos que nos atan y condicionan: el peso, la gravedad, los flujos de la vida (sanguíneos linfáticos, minerales), los recuerdos, las pasiones y sentimientos encadenantes, carcelarios, sociales.

En otras palabras, la liberación nos tuvo que llegar hasta haber renunciado de la cotidiana condición humana rígida por leyes naturales, sociales, físicas y cósmicas. Renunciar a la misma libertad, a la compañía de los demás; identificar nuestra existencia al través del aislamiento propiamente existencial. Indudablemente que los intentos de esta liberación fueron dolorosos por cuanto el hombre requería de los demás, de los rostros y espejos semejantes para trascender su existencia. Cada cual necesitaba a otra persona para darle su amor, su voz, sus obras y su solidaridad de existencia. Cada cual, en fin, necesitaba del otro para confirmar su presencia en la tierra, en el tiempo.

Los intentos continuos del ser humano de abandonar el sedentarismo, los clanes y asociaciones, la comunidad y el anonimato, le hicieron huir hacia las islas “real” de su existencia con el fin de recuperar su identidad individual. Este fenómeno produjo islotes humanos, islas entrópicas de la determinación humana que son de hecho aparatos de energía, mecanismos vivientes preguntando, preguntando y buscando. Y cada cual no fue necesariamente la bestia o el ángel aristotélico, sino que acomodó su imagen al trato colectivo. O sea, aparentó ser cotidiano aunque tras la piel plástica de su antifaz diario, se escondiera el espantoso rostro individual. Y así, los que se encastraron en su propia existencia, en su ciudad cerrada, se dieron a vagar por las aguas verdes del océano colectivo, como islas hermafroditas. Espantosamente autosuficientes.

De esta manera la luz propia del poblador de la isla determinó la propia energía de su existencia y, sobre todo, su soledad. Tendíamos puentes levadizos para llegar hacia la otra persona, hacia la otra isla; ataduras que se rompieron con el tiempo cuando el amor cesó, o nos separó las distancia, el exilio, la muerte...

Pero la conciencia necesitó siempre de las renunciaciones. Y lo hizo Magritte o Chagall cuando sus personajes sórdidos perdieron gravedad y empezaron a flotar en el aire, como globos o asteroides errantes. Al perder gravedad —ese lazo invisible que nos ata a la tierra— el personaje salvó un obstáculo en la búsqueda de la identidad mágica de lo existente. (Los antiguos precolombinos dejaron imágenes voladoras en sus grabados; Antarquí, personaje de la mitología incaica tenía la facultad de

volar).

Al renunciar a las hordas, a los clubes, al cordón umbilical que nos ata a la tierra y al limitante tiempo; al renunciar a la misma vida el ser humano pretende aclarar su identidad para poder incursionar en las otras esferas de lo existente.

Cuando logra penetrar las otras esferas —ya sea desde el cambio químico de su pensamiento o de su cuerpo— es cuando queda atado en verdad como un sedimento mineral a las piedras del mundo, de este mundo que es otra piedra, en lo eterno, o átomo de otras piedras en el universo.

Mientras tanto, a nivel social se lucha por la homogeneidad de la especie, sus sociedades y sus valores éticos dentro de la complejidad histórica. Las razas y especímenes se mezclan, como se

mezclaron las hormigas y no será hasta que esa mezcla de ideas y características humanas esté hecha cuando se pueda hablar de armonía. Cuando seamos una sola piel, una sola raza, un solo rostro, inmunes a la radiactividad cósmica o por la creación humana. Es decir, nos enfrentamos a otra renunciación: renunciar del pensamiento individual y pasemos a ser un solo pensamiento: el pensamiento colectivo.

El poder de la memoria es otra renunciación: el tiempo. Para Bradbury la memoria del anciano militar en “El Vino del Estío”, recordando sus hazañas heroicas, es en el fondo la máquina del tiempo. Las leyes se rompen y el linaje humano al trasgredirlas continúa su peregrinaje en el tiempo, tratando de resolver su gran incertidumbre.

En su alocucionador panorama de literatura ecuatoriana contemporánea —que ya he citado alguna vez—, Alfredo Pareja Diez-Caneco afirma que, hasta la revolución liberal de 1895, en el Ecuador “sólo a Juan Montalvo se le puede llamar escritor de profesión, entendido el término como dedicación abnegada, no como oficio remunerado, que de éstos —agrega— no se dan por aquí”. (Ni allí, desgraciadamente, ni creo que en ninguno de nuestros países americanos). “Juan León Mera —prosigue el autor de El Muelle—, en tal sentido, únicamente en él, le va a la zaga... Los demás son aficionados, pertenecen a ese género bambalinesco del amateur, que hacen por entretenimiento, porque les sonó la flauta o por vanidad, alguna tarea artística minúscula, y luego esperan indefinidamente o repiten el folleto de circuncancias, equivalente a una tesis cualquiera para optar al título de intelectual”. (Son esos a quienes yo he llamado alguna vez “Los escritores que no escriben”).

Pareja Diez-Caneco empieza, como se ve, por conferir así al autor de “Cumandá”, Juan León Mera, un puesto al lado del formidable Juan Montalvo, siquiera sea —y ello entre nosotros debe ser motivo de alto aprecio— como “escritor de profesión”, como hombre que se entregó a las letras “con dedicación abnegada”.

Conviene asentar bien desde un principio este reconocimiento porque, de otro modo, cuando analicemos el juicio que la obra de Mera le merece a Diez-Caneco, podría parecer nos injusto o, al menos, excesivamente severo.

Juan León Mera y Juan Montalvo fueron contemporáneos. Rigurosamente contemporáneos, casi con exactitud de fechas. En 1871, o según apunta Diez-Caneco, gráficamente: “un par de décadas antes del triunfo de la revolución liberal”, Mera publicó su novela —famosa novela en toda América— “Cumandá”. Famosa, ¿por qué? Por de pronto y sin entrar ahora en otras apreciaciones, porque esa obra constituye uno de los puntos de arranque de la novelística sudamericana. Y después porque, dentro del género de las a mi juicio mal llamadas “novelas indianistas”, resulta una de las situadas en primerísima línea. Piénsese como se piense al respecto, el hecho positivo es que no puede enfocarse ni estudiarse concluyentemente la historia literaria de nuestros países prescindiendo de “Cumandá”. Es, quíbrase o no, una novela precursora. Hay que hablar forzosamente de ella.

Y se habla, claro está. Sólo que los juicios suelen ser enormemente contradictorios. A veces, inaudables. Siendo los más adversos, por lo general y paradójicamente, los de los propios compatriotas de Mera. Según vamos a ver, aunque no tan duro como aparenta prima facie, el de Diez-Caneco, tampoco resulta suave. Yo tengo mi propio criterio formado acerca de Mera, por lo mismo que lo tengo acerca de la llamada “novela indianista” en lugar de romántica u otra cosa cualquiera. Pero me limitaré por hoy a confrontar dos opiniones ajenas —ambas valiosas— sobre “Cumandá”, como un ejemplo particular de la dificultad con que tropieza todo aquel que pretende formarse un juicio exacto —caso del estudiante o del forastero intelectual— acerca del panorama general de la literatura americana.

Pareja Diez-Caneco reconoce que su compatriota “fue escritor”; que supo escribir. “Fue académico de la Lengua” —dice—. Pero no fue un escritor personal, rebeldé a las prescripciones de la gramática. Además, “era conservador y enemigo de Montalvo y de la revolución”. Esto nos explicaría —según el autor de “Hombres sin tiempo”— por qué “Mera no comprendió bien el alma del personaje ecuatoriano que estaba allí, a su alrededor, reclamando urgentemente atención a sus verdaderos conflictos”, y también por qué su novela “Cumandá”, por su desarrollo “y por su convencional presentación del paisaje”, podría estar igualmente situada “en las selvas del Misisipi” y haber sido escrita por Chateaubriand. “El romanticismo expresado en ella es “un romanticismo de importación sin arancel de aduanas”, que, además, “denuncia la impotencia del imitador frente al imitado”. Pareja Diez-Caneco estima que “Cumandá” es una paráfrasis de “Atala”. Pero en Chateaubriand, al menos, ve “un aventurero” exaltado, un contrarrevolucionario activo que llevó esos bríos a sus obras; en tanto que Cumandá es “una traslación apacible de sentimientos poderosos no compartidos y transformados a lo pueril”. En suma —y sintetizando su pensamiento—: “Cumandá” es una simple, simplona imitación de “Atala”, a la que tampoco concede valor alguno.

Sin embargo, en medio de su filípica, reconoce —y lo reconoce noblemente— que esa novela “tiene la virtud de ser la primera que se hizo en el Ecuador con merecimientos para pertenecer al género” y que “su perepica es de mucho movimiento... con acción indudable, con drama suficiente”. Reconoce, además, que a Mera “le sirve como excusa la atmósfera simplona y rasta... mera de nuestro país en esos años... Posiblemente entonces no se podía hacer nada mejor” —reconoce—. Y aunque deje flotar alguna duda a este respecto, terminaba: Ha de concluirse que la época dio lo que pudo dar”.

Clara

Por Fernando Silva (nicaraguense)

Ya merendó el indio, se va para el trabajo.

Al trabajo va el indio con el machete en los brazos como una muñeca.